

## OCIO CAPITAL: PRESENCIA E INVENCIÓN

Ángel MARTÍN RAMOS

En los centros metropolitanos toman cuerpo algunas realidades urbanas singulares apoyadas en el elevado grado de concentración de tensiones urbanas que allí se reúnen. Y el ocio de la capital se presenta, en ocasiones, en la forma del parque central metropolitano, pieza que aún a considerable variedad de retos y objetivos. Tal elemento urbano resulta ser producto de una doble vía: o se basa en el protagonismo de una presencia heredada, o bien es una invención que se afianza sobre pasos firmes.

Centros metropolitanos, ocio masivo, parque central, creación urbana.

## CAPITAL LEISURE: PRESENCE AND INVENTION

*In metropolitan centers take shape some unique urban realities supported by the high degree of concentration of urban stress. And the capital's entertainment occurs sometimes in the form of the metropolitan central park, a piece that combine considerable variety of challenges and objectives. Such urban element turns out to be the product of two ways: either it is based on the leadership of an inherited presence, or it is an invention that is anchored on firm steps.*

*Metropolitan centers, mass leisure, central park, urban setting.*

La diversidad creciente de la ciudad contemporánea lleva de cabeza a los analistas, sorprendidos ante la inacabable cantidad de facetas que, con una soltura y una falta de inhibición nunca suficientemente aprendidas por estos, las ciudades son capaces de suscitar día tras día. Supuestos criterios establecidos con firmeza caen abatidos por la fuerza de la evidencia de las realidades construidas, como efecto de una promiscuidad de influencias y razones tan compleja como ha llegado a ser la sociedad urbana del siglo XXI.

Las variantes del ocio urbano no se quedan atrás a la hora de hacerse presentes en la ciudad, de modo que lo que hace tan solo dos siglos se podía resolver con clasificaciones cortas (Jones y Wills, 2005), hoy ya exige complejos ejercicios de catalogación sin una solución sencilla. La variedad de espacios para el ocio urbano, la fiesta, la cultura, el juego y el recreo, la necesidad de mantener la forma física, la diversión, el descanso, el contacto con la naturaleza, ... se intercalan de todas las maneras posibles (Batlle, 2011) en unas ciudades cada vez más sedientas de contrapuntos a esa acumulación de techos construidos para la actividad y la habitación urbanas. Incluso partes señaladas de las grandes ciudades llegan a ser ellas mismas objeto del ocio urbano, dado lo atractivo del complejo lugar de encuentro que componen con su arquitectura, su memoria y su vitalidad sin par. Este fenómeno tiene un particular eco en las metrópolis, en donde la “mater-polis” central mantiene, por lo general, el relieve de su prestigio e influencia sobre el amplio territorio metropolitano por cambiante que sea la dimensión de su alcance.

Allí, en esas metrópolis en número creciente, cuya presencia se ha ido haciendo dominante en el mundo mayoritariamente urbano que habitamos, el centro urbano se ve dominado por una mezcla de atributos. Entre ellos, por la responsabilidad arrastrada de haber estado allí antes y la calidad de su presencia, han tomado una entidad destacada algunos espacios, ciertas plazas, ricas avenidas, barrios espléndidos, ... y también, en ocasiones, el parque central. Cuando se da esta última circunstancia, el parque central con proyección metropolitana se convierte en un hallazgo: en él se suman la mezcla de intenciones y la tensión de la pluralidad de actividades, en una alianza que logra crear una realidad urbana única con el motivo principal del ocio urbano. En el parque central se encuentra sosiego a la existencia sometida a la intensidad urbana extrema, y en él se agrupan variadas manifestaciones de la distracción, el descanso y el entretenimiento del ciudadano resueltas con calidad capital. Por ello el parque central metropolitano aún a función y símbolo, naturaleza y tradición, prestigio y eficacia, espacio abierto y figura imponente, recurso sostenible y consumo masivo.

En tanto que obra construida, el parque central es habitualmente una construcción en curso, siempre inacabada, dada su gran dimensión y la adaptabilidad de sus fines. No obstante, en sus realidades más conseguidas, el parque central metropolitano responde a dos motivos principales: bien es el protagonismo de una presencia heredada el que le acompaña y conduce a sucesivos perfeccionamientos; o es la invención, la creación de la oportunidad que el parque ofrece, la que le ha llevado al prestigio que hoy alcanza y exhibe, aunque sea -en ocasiones- sin un modelo explícito.

La condición pública del suelo del parque central ha sido característica influyente a la hora de justificar la consolidación de la presencia de algunos de esos parques, pero no fue, en sí misma, razón suficiente. El peso y el prestigio de los antecedentes determinaron con mayor precisión el rol que acabaron tomando los espacios asignados a los parques centrales modernos. Ese prestigio venía en ocasiones asociado a la historia de la ciudad, como desde tiempos pretéritos ha sido el caso del Bosque de Chapultepec en Ciudad de México.

Las excelentes condiciones ambientales y de localización del lugar de Chapultepec (cerro del saltamontes, en lengua náhuatl, por la forma de su perfil) debieron señalarlo de un modo especial en el valle del lago Texcoco cuando allí existía Tenochtitlán, la capital azteca, de modo que ya Moctezuma lo tomara para acoger su ocio en el siglo xv. Después, tras la invasión española y los cambios institucionales sobrevinidos, el cerro pasaría a ser patrimonio de la Ciudad de México y conservó su condición de reserva de excelente condición.

El Mapa de Uppsala (figs. 1 y 2) refleja esa situación, que con el paso del tiempo ganó en centralidad y en singularidad en una metrópolis en crecimiento. Con la modernización de la ciudad se ratificaría la adscripción del lugar a la condición de parque central, sin por ello dejar de enarbolar su papel distinguido y capital, hasta el punto de acoger continuamente la sede de la residencia oficial del presidente de la República y de doblar la extensión del ámbito público mediante compra por parte de la administración a mediados del siglo xx. Es este un caso en el que la contundencia de los antecedentes ha fundamentado la selección y la formación de un lugar que hoy ha tomado una condición singular sin par y llena de atributos propios en una metrópolis de dimensiones gigantescas.

También la solidez de los antecedentes ha contado de forma determinante en Pekín, si bien de un modo muy distinto. La evolución de aquella "capital del Norte" del imperio chino, una vez asentada, vio desde el siglo xv pasar siglos de continuidad con un área central ocupada por la Ciudad Prohibida como espacio de excelencia, negado a los ciudadanos y reservado a la cabeza visible del Imperio. Desde 1925 convertida en Museo de Palacio, tras varias vicisitudes, hoy compone ya, junto a los parques y espacios anexos, el espacio de ocio central de la ciudad. A ello contribuye su posición, pero además es capital por los testimonios de la memoria que atesora y su condición de emblema de toda una cultura tan relevante en el globo.

La condición política, que algunas metrópolis desempeñan con mayor peso que otras, puede llegar a dotar a la ciudad de referentes de tal calado, que se convierten

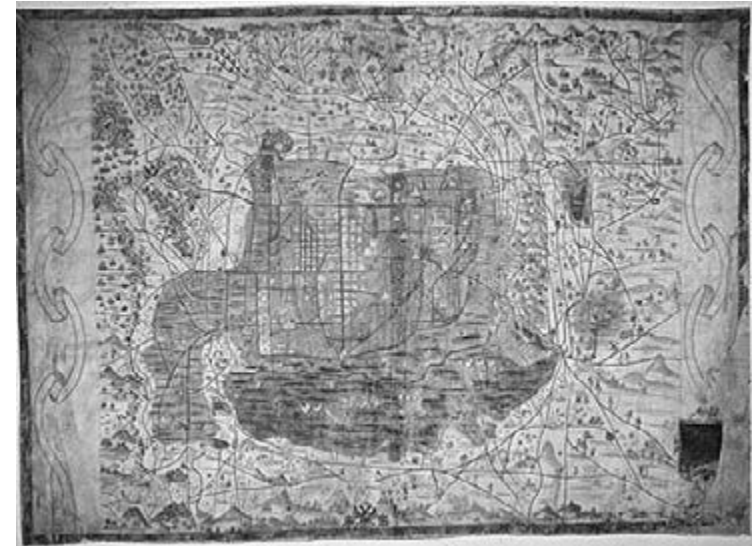


Fig. 1. Mapa del valle y la ciudad de México en 1550 (Biblioteca de la Universidad de Uppsala).

Fig. 2. Detalle del Mapa de Uppsala que muestra Chapultepec entonces, en la interpretación de su autor

por sí mismos en patrimonio de rango público. El proceso de crecimiento masivo e irregular que experimentaron las metrópolis con el despliegue de la industrialización y los ciclos interrelacionados que fueron siguiendo a ésta han diversificado mucho la constitución interna de la ciudad, pero han banalizado su composición física. De ahí que, en la percepción común, el cuerpo de la ciudad está constituido por una masa informe de edificios y calles acumulados que acogen las funciones básicas (habitar, trabajar, recibir servicios, o divertirse), mientras que



Fig. 3. Vista vertical del Museo de Palacio y entorno en la ciudad de Pekín (Google Maps).

la presencia o la creación de realidades diferentes a esa morfología mayoritaria pasa a formar parte de una condición ambigua, de singularidades, para cuya denominación se ha extendido, con frecuencia, el término de “parque”. Puede ser arqueológico, histórico, sanitario, científico, etc., pero la opción de diferenciar como parques a las singularidades aparece como un recurso fácil, actual, en una ciudad tematizada. Quizá por eso, se explica que en Pekín a un conjunto (fig. 3) que reúne los antiguos espacios libres para el ocio imperial junto a la Ciudad Prohibida, que ya no lo es, se



Fig. 4. Detalle del mapa *The environs of Dublin* (S.D.U.K., B. R. Davies, 1837), en el que se aprecia la dimensión del Phoenix Park, al oeste de la ciudad de su tiempo.

le categorice con la terminología propia de Parque central, porque además de estar muy centrado hoy, reúne una gran extensión dedicada a usos que no son los de habitar, trabajar, recibir servicios o divertirse, sino simplemente la contemplación y el paseo, con la cultura y la memoria colectiva como motivos asentados.

La potencia de los antecedentes es también motivo explicativo de singulares parques en las Islas Británicas. Se asociaron allí en varias ocasiones la riqueza del verde natural, con sus variedades y biosistemas propios, a la circunstancia histórica de la temprana adscripción a manos públicas de los bienes de las órdenes religiosas en el siglo XVI. Cuando esa asociación se produjo junto a una gran ciudad o capital de entonces, el hecho tenía probabilidades altas de beneficiar de forma impercedera a ésta. En Dublín, fue tal la dimensión de los terrenos de la Orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén que pasaron a dominio público junto a la ciudad, y tan coherente y apreciable su riqueza ambiental, que ya en el siglo XVII se configuró con una definición precisa como parque real de caza, hasta que apenas 80 años después se abría al uso público, consolidado posteriormente (fig. 4).

Fue allí la gran dimensión pública, arraigada en el crecimiento de la ciudad y dotada del favor de la naturaleza, la que constituyó una presencia de calidad que justificaba no solo su mantenimiento sostenido durante siglos, sino también su enriquecimiento. El gran parque de la ciudad se asoció a ciertos usos públicos de prestigio e, incluso, a utilidades propias de la capital del país de la más alta dignidad, al acoger la residencia de la presidencia de la República desde 1750.

Con el crecimiento moderno, la posición del parque ha venido a quedar interna a la ciudad, y el valor de su presencia, heredada e integrada en la ciudad a medida que se desarrollaba, se ha convertido en el mayor atributo para detentar esa condición de gran parque capital de la metrópolis irlandesa.

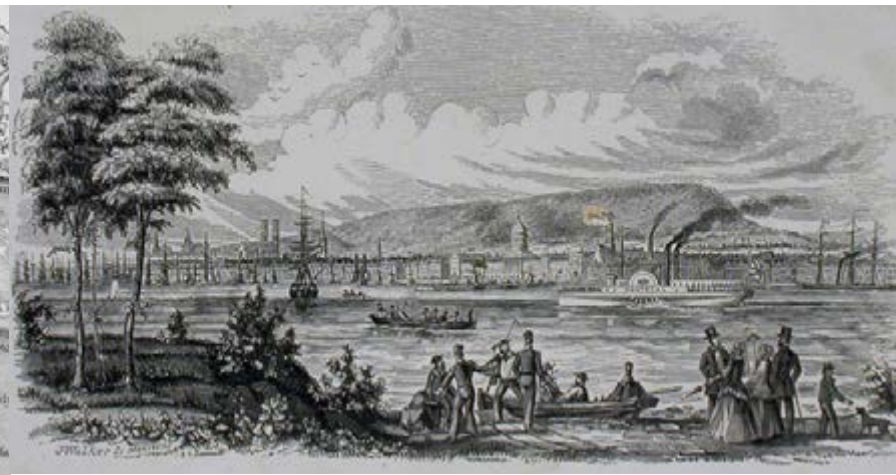


Fig. 5. Vista de Montreal desde la isla de Santa Elena (John Henry Walker, h. 1847, McCord Museum). Al fondo, destaca Mont Royal.



En otras ocasiones sin tanta fortuna histórica, ante el desarrollo extendido de la ciudad por contigüidad hacia todo territorio capacitado para acogerlo, hubo de ser la presencia de alguna singularidad geográfica la que motivara un uso tan singular e improductivo como el de un gran parque. Particularmente, en las ciudades norteamericanas, que recibían la explosión capitalista rodeadas de colonos a la expectativa, ¿cómo detener la rueda expansiva de ocupación de todo territorio que se encontrara a su alcance sin un motivo productivo que lo justificara? Difícil empeño. Por eso, fue la existencia de un accidente orográfico, que creaba una diferencia singular y planteaba dificultades, la que favoreció que el mercado del suelo lo evitara. Si a este comportamiento se unía una posición oportuna del obstáculo y una dimensión apreciable, era entonces cuando las voces que clamaban por un desarrollo equilibrado de la ciudad, o por la necesidad de atender a la calidad de su forma, podían encontrar un eco favorable.

Esa asociación de circunstancias se dio en Montreal, por ejemplo, cuando, mientras la ciudad progresaba en su crecimiento a mediados del siglo XIX, la colina de Mont Royal se ofrecía a apenas tres kilómetros del puerto (fig. 5), y tal singularidad comenzaba a asociarse a ciertos usos particulares que ocupaban sus proximidades (comunidades religiosas, hospitales, instituciones públicas, o cementerios...), dando por entendido que la montaña no sería objeto de la misma indistinta ocupación del llano. Fue entonces cuando, ante la extensión homogénea que adoptaba la ciudad, se planteó la petición cívica de que pasara a dominio público una parte de la montaña, al objeto de ser destinada a parque público. Como motivos de justificación de la expropiación para tal uso se defendían, por una parte, la necesidad de evitar el riesgo de desfiguración del paisaje y, por otra, que sirviera como pulmón verde para la salud y el agrado de los ciudadanos. Es decir, se trataba de asociar la singularidad geográfica a un uso necesario en la gran ciudad, aunque improductivo, y, por otro lado, atribuir a la ciudad cualidades que hermosearan su aspecto y su paisaje, ante la monotonía gris que dominaba la gran extensión de su cuerpo construido.

La potencialidad de la montaña para ser adaptada para un uso urbano encontró en el entendimiento moderno de la ciudad una definición suficientemente convincente en su asignación al uso de gran reserva paisajística que, luego, se convertiría en parque para el ocio pasivo, el descubrimiento de la naturaleza y la contemplación de la ciudad desde él, dada su condición de atalaya. Llamado F.L. Olmsted para su acondicionamiento,<sup>1</sup> este apreció en la reunión de sus diferentes partes, a pesar de las dificultades, una ocasión para la riqueza atractiva, junto a oportunidades para hacer más afines la montaña y su destino como gran parque asociado a la naturaleza, acentuando la acomodación de la vegetación más afín, que mejor se adaptaba a cada una de sus distintas partes (Murray, 1967, p.166). Así, desde entonces, este tipo de parque, inédito en Montreal aunque no en otras capitales, se fue conformando mediante la adopción de medidas que convirtieron poco a poco esa montaña de apenas 230 m de elevación máxima a la condición de gran parque de la capital. El crecimiento extensísimo de la ciudad en todas

<sup>1</sup> Lo fue en 1874, y su concepción para el parque acabaría influyendo, aunque F.L.O. resultara muy contrariado por los desencuentros con la administración local en las obras y actuaciones que se fueron acometiendo (Roper, 1973).

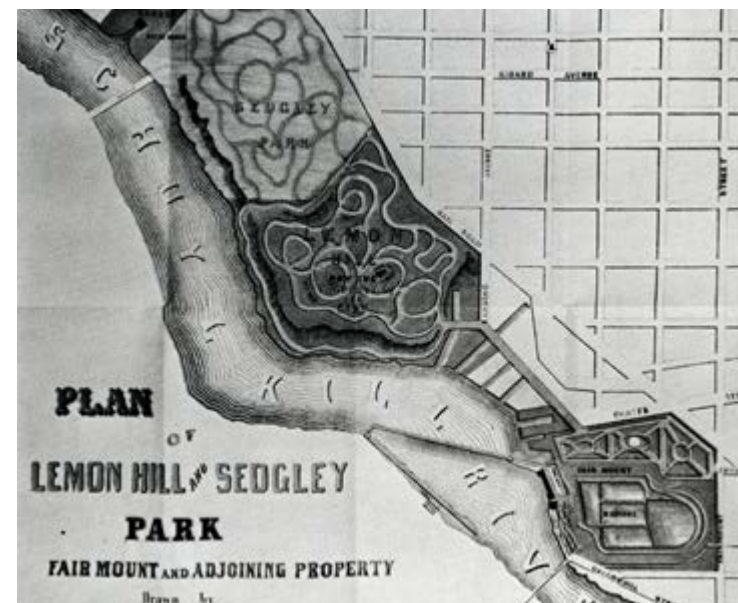


Fig. 6. Diseño de Frederick Graff (1851) para el parque público relacionado con las obras hidráulicas y depósitos de Fairmount, en Filadelfia.

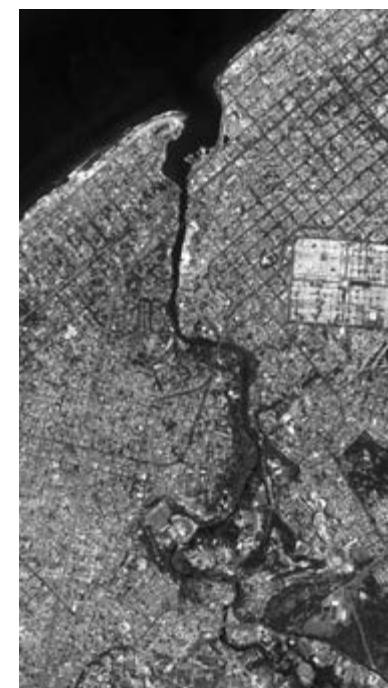


Fig. 7. Vista vertical del curso bajo del río Almendares en el área urbana de La Habana (Google Maps).

las direcciones ha convertido en central su posición, al tiempo que ha acentuado el valor de las cualidades singulares de su constitución urbana, así reafirmadas.

En otras capitales, la posibilidad de contar con un gran parque urbano y metropolitano se ha ligado a la ratificación de un sistema biofísico integrado en la ciudad, cuya subsistencia depende de que el ámbito que ocupa sea asociado a tal destino. Se trata de sistemas geográficos que tienen al agua como protagonista y que, en lugar de ser objeto de una urbanización indistinta como la que experimentan los demás terrenos que se interponen a la expansión urbana, son seleccionados particularmente, bien porque son elementos fundamentales de la sostenibilidad urbana, o bien porque quieren contribuir a esta función.

Ocupa un lugar preeminente en este apartado el caso de Filadelfia ante el papel que en fecha temprana, a principios del s. XIX, tomó la reserva de las riberas del río Schuylkill para el abastecimiento urbano, aguas arriba de la ciudad fundada en el siglo XVII (fig. 6). La cantidad de decisiones encadenadas con este propósito, garantizar el agua para la ciudad, que se han ido sucediendo han llegado a componer Fairmount Park con una gran extensión, ubicado sobre territorios centrales en la metrópolis y con un protagonismo destacado en la constitución urbana.

Aunque separado en el tiempo, el caso del parque metropolitano de La Habana llegará también a ser sobre una reserva señalada con el fin de ratificar el sistema biofísico del río Almendares (fig. 7). Fue una medida del Plan Director de la ciudad de 1963 la que definió su destino, en una extensión que alcanzaba al curso bajo del río además de amplios territorios de sus márgenes a través de una parte del centro metropolitano.

La presencia previa de razones ha justificado el arraigo de parques capitales como los citados. En ellos se ha apreciado como, en ciertos casos, fueron las mismas causas de distinta naturaleza que dieron pie, en su origen, a un uso singular las que, con el paso de los años, se hacen valer en el gran parque actual. El peso de la herencia histórica, la memoria del pasado, la riqueza del verde público, las singularidades geográficas, o la sostenibilidad biofísica, por ejemplo. En otras ocasiones, sin embargo, se alumbró la idea o la oportunidad del gran parque sin que existieran valores o cualidades prefiguradas que la motivaran. Fue entonces cuando el gran parque central nació de nueva planta, solo como consecuencia de las virtudes que se atribuían y esperaban de su condición. Cuando esto sucedió, fue como producto de la difusión de las ideas que, de modo tan intenso, incidió permanentemente en la configuración de las ciudades: los grandes parques europeos más antiguos, en particular los ingleses, ejercerán ahí un papel inspirador determinante.

En esta línea creadora, en Budapest, en una fecha muy temprana en la evolución de los parques en Europa (1816), se procedió a crear Városliget (parque de la ciudad) según el proyecto ganador del concurso convocado al efecto. Ciertamente se trataba de un suelo cedido previamente a la ciudad, pero su constitución no destacaba entonces especialmente en aquellos entornos de la ciudad de Pest. De ahí que la iniciativa pública, no personal, de formar tal gran parque y la solu-

ción dada al mismo por el arquitecto Christian Heinrich Nebbien expresaran en aquellos momentos la voluntad de dotar a la ciudad de un valor presente en otras capitales no lejanas (Berlín o Viena, por ejemplo). Nebbien, experimentado en el proyecto de parques en fincas aristocráticas, opta en su proyecto por la tendencia, que se manifestaba entonces en Alemania e Inglaterra, a recurrir a diseños compositivos perceptibles que crearan diferentes ámbitos (*circus*, paseos, prados, un lago, islas, colinas...) integrados entre sí, pero sin anhelo de que compusieran una unidad perceptible de una sola mirada, como había sido pauta común en grandes parques del siglo XVIII (Panzini, 1993, p. 162). Városliget venía a componer así un jardín público resuelto con la adición de recursos diseñados, que si bien gozaban de la ventaja de la gran extensión para desplegarse, también acusaban la dificultad para revelarse suficientes sobre un ámbito tan extenso, que llegaba a 116 ha. En cualquier caso, el ejercicio permitió a su autor poner en práctica las ideas que defendía, relativas al papel beneficioso que podía suponer en los ciudadanos la naturaleza embellecida, el agrado de lo bello, encontrado en el equilibrio entre la irregularidad intencionada y la sorpresa, siguiendo las ideas de Repton, y la confianza en la función moral y educativa de esos parques, tal como Hirschfeld defendía (según observó Nehring, 1985, pp. 265-270).

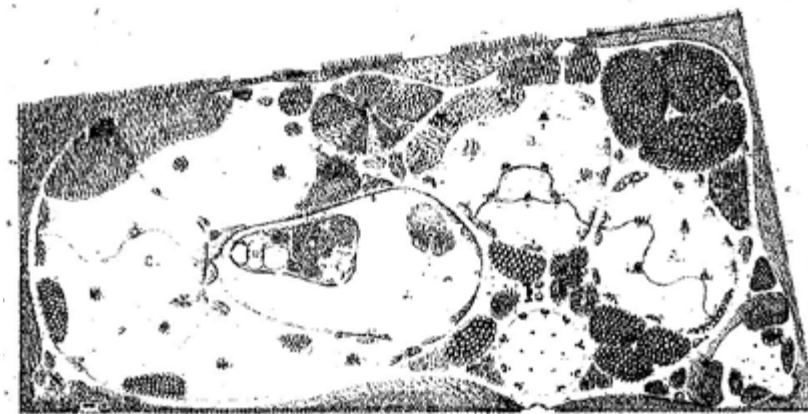


Fig. 8. Planta del proyecto de C.H. Nebbien para Városliget, 1816 (Nehring, 1985, p. 264).

La construcción de Városliget no tuvo la oportunidad de aprovechar la riqueza de la vegetación preexistente, sino que Nebbien hubo de sanear y preparar el terreno completamente antes de plantarlo, según una detallada elección (Nehring, 1985, pp. 265 y ss.). Si bien el proyecto inicial mantuvo su vigor en las actuaciones durante algunas décadas, no fue capaz, sin embargo, de evitar que algunas trazas previas, que no formaban parte del mismo, pervivieran. Más tarde, el parque hubo de encajar otras iniciativas, tales como la exposición húngara del milenio en 1896 y otros cambios posteriores, que le condujeron a la situación que hoy presenta, integrado en el área central de la metrópolis y dotado de públicas utilidades (museos, centro de exposiciones, gran balneario,...) que contribuyen a caracterizar y equipar la capital.

El ejemplo de Nueva York, cuando en Manhattan se decide crear Central Park, fue un episodio muy significativo entre los casos que hicieron surgir el gran parque sin atributos heredados. La contundencia de los caracteres del caso y el apoyo que al mismo prestaron los protagonistas intervinientes mostraron con claridad las raíces ideológicas del recurso para las grandes ciudades norteamericanas.

La amplia bibliografía dedicada, incluso en pormenor, a este parque ha expuesto cómo se produjo la rectificación de la trama homogénea trazada en 1811 para crear un contrapunto de equilibrio en lo que estaba ordenado como un continuo de manzanas edificables en toda la isla, incluso sin sospechar la intensidad con que tales manzanas se edificarían. La perspectiva de que la ciudad, en Manhattan, se convirtiera en algo poco ejemplar, debido a la gran acumulación continua de edificaciones y calles, hacía temer que se acusara la necesidad de reformas higienizadoras, o de mejora del ambiente, para que la ciudad no se asociara, como en Londres y otras capitales industriales europeas estaba sucediendo, a los efectos negativos que una acumulación tal tenía riesgo de desarrollar. De ahí que la alternativa del gran parque se asumía como necesario argumento de reequilibrio espacial, pero también de reforzamiento moral de la sociedad urbana y afianzamiento de la ciudad como solución, sin la permanente añoranza del campo.

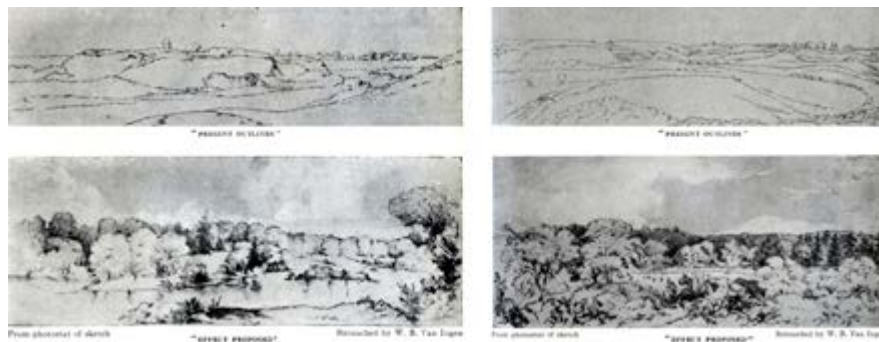


Fig. 9. Esquemas descriptivos que acompañaban al proyecto presentado al concurso para Central Park (1858) por Olmsted y Vaux. Vista desde la entrada en la Quinta Avenida-Calle 59ª, sobre el lago, en su estado y según el efecto propuesto. Y a la derecha, similares efectos desde Bogardus Hill (Calle 104ª, cerca de la Octava Avenida) mirando hacia el sur (Olmsted, 1973, pp. 232-c y 224-c).

En esa tesitura, la propuesta de Olmsted y Vaux de 1858 vino a especificar que en aquel roquedal irregular, adonde aún no había llegado la edificación, había que inventar una variedad de escenas y de recursos artificiales que llegaran a convertir el ocio de la ciudadanía de toda condición en un momento de pedagogía social cohesionadora de la vida urbana, de sus virtudes y ventajas (fig. 9). Olmsted había constatado esos efectos en Gran Bretaña unos años antes, en sus visitas a Liverpool y Londres, y admiraba el papel de los parques públicos allí como recurso educativo interclasista de fundamentales efectos terapéuticos en la traumatizada sociedad del capitalismo industrial de entonces. Y allí asumió el papel que podía tomar la recreación de la naturaleza como valor de uso en la ciudad, elevándolo

a su propuesta para Central Park, en lo que, bajo una apariencia de ambiente contrapuesto al de la ciudad común, acabaría siendo un sofisticado ejercicio de creación urbana. La potencia ideológica de las proposiciones de Olmsted, como auténticas inversiones productivas en aquel mundo de viva expansión capitalista, cundió realmente y dio origen al *Park Movement* que se difundiría entonces con tantas acciones en EE. UU. (Tafari, 1975, pp. 298-299).

Sin embargo, respondería a otro orden de valores la creación del parque capital en Washington, gracias al plan de la *Senate Park Commission* de 1902. Hacía más de un siglo que se habían establecido las pautas del Plan de L'Enfant, traducidas por Ellicott, que tantas fatigas y contradicciones venían acusando allí, con las "magníficas distancias" y las "magníficas intenciones", tal como identificara Dickens los problemas de la capital. En medio de tal cansancio acumulado, se podía decir que la conciencia del gesto monumental del plano del siglo XVIII para unir las sedes de los poderes ejecutivo y legislativo mediante un espacio simbólico estaba muy desvanecida, al encontrarse la ciudad empeñada en la pelea de dar cohesión y sentido a la amplitud espacial que llegaba a dificultar la vida urbana. Incluso la atención a esas cuestiones contingentes había llevado a dejar en segundo término que tal espacio simbólico surgiera, ejecutando acciones que interrumpían la continuidad espacial prevista. Ante esa posibilidad, se movilizaron algunas conciencias hasta llegar, en un accidentado proceso, a la comisión propuesta por el senador McMillan, en la que actuarían los arquitectos F.L. Olmsted jr., Daniel H. Burnham y Charles McKim.<sup>2</sup> El plan alumbrado por esta comisión sería el que no solo recuperaría el gesto en L de L'Enfant, desdibujado en la realidad, sino que lo ampliaría en una gran cruz de brazos extendidos hacia el Potomac. Y ahí surgiría la base firme sobre la que levantar el parque capital de la ciudad y de toda la Unión. Era el espacio simbólico, de gran extensión, libre y abierto el que se defendía como espacio accesible y conmemorativo, síntesis de las aspiraciones que encontraban allí, en el centro de la ciudad, su ubicación única, con el papel de la vegetación reducido a mera compañía subordinada (fig. 10).

Por su parte, en las grandes ciudades industriales europeas, que no dejaban de crecer, continuó extendiéndose el anhelo por contrarrestar las tensiones de la vida intensa del trabajo urbano con recursos disponibles en la propia ciudad. Una manifestación clara de esa tendencia a principios del siglo XX se produjo en Hamburgo, con la creación del gran parque de la ciudad, según la respuesta dada por el arquitecto Fritz Schumacher en su proyecto de 1909. Sucedió eso cuando Alemania entera experimentaba una evolución trascendente en su modernización, se acababa de fundar la *Werkbund* y las contradicciones de la industrialización motivaban un asociacionismo activo, dirigido a superarlas. También entonces la propia concepción de los parques resultó cuestionada, al entender su necesidad ligada al ocio de las masas trabajadoras y, por lo tanto, unida a la eficacia para cumplir sus fines.

El proyecto para el Stadtpark de Schumacher (fig. 11) partía así de una conciencia previamente asimilada en la ciudad, que había adquirido con antelación la

<sup>2</sup> Según ha estudiado M. Manieri-Elia (1975, pp. 65-73).



gran extensión de terrenos que se entendían necesarios en Winterhude, al borde de la ciudad. Y, en ese marco sin particulares atributos, la creación del arquitecto se guiaría, en primer lugar, por el orden geométrico regularizador: un gran eje recto ordenaba el conjunto desde el acceso principal, pero sin más efectos que el orden visual y organizativo del espacio disponible, para distribuir con claridad y efectividad el largo programa de equipamientos para el ocio previstos. Ahí, precisamente, residía una característica principal del caso. El gran parque, en tanto que satisfacción de una necesidad social masiva, había de dar cabida a un variado repertorio de espacios acondicionados que no dejara pendiente ninguna de las opciones que pudieran suscitarse en una aglomeración como la asentada en la ciudad, desde el ocio de multitudes hasta las actividades deportivas de todo tipo, sin olvidar el descanso de los ciudadanos y la contemplación. Por eso, la eficacia de la geometría de referencia permitía garantizar una distribución ordenada y jerarquizada de los diferentes campos y servicios programados, repartiendo el suelo para unos y otros. La preferencia otorgada a esa cuestión, de tal modo que la disposición del eje, el lago, los campos y las explanadas, con los usos asociados, dominaban el conjunto, llevaba a que, en consecuencia, paseos y bosques se ordenaran en concordancia, o para enfatizar con la vegetación las cualidades de aquellos, mediante los efectos de composición que se desearan conseguir.

Atrás quedaba el dominio del romanticismo en los jardines paisajísticos del XIX y, en su lugar, se imponía la eficacia cuantitativa y el valor de uso de la urbanística social, garante de la adecuación de la ciudad industrial. A ello también estaban asociadas otras cualidades, relevantes para sus fines, como eran la más oportuna ubicación de los distintos servicios y la accesibilidad del parque en el marco urbano, atendida esta, en un principio, con una línea ferroviaria que lo relacionaba.

El proyecto de Schumacher se haría realidad en los años siguientes, pero en él habían quedado expresadas, bien que en una extensión amplísima, las pautas de los *Volksparke* que se extendieron por las ciudades alemanas. Ludwig Lesser, fundador de la *Deutscher Volksparkbund* en 1913, lo dejaría dicho claramente:

“No sólo deberían estar acondicionados para pasear, como tradicionalmente ocurría, y contener algunos campos de juego de menor o mayor tamaño, sino que también, conforme a su propósito, habrían de disponer de grandes campos de recreo accesibles para todos. Solo entonces serían fuente de vida para el pueblo alemán. Juego y deporte deberían poder practicarse allí en todas sus formas... . . . Avenidas arboladas y sombreadas rodearían estos campos de juego, grandes superficies de agua invitarían al remo, a nadar, y en invierno, a patinar y a practicar cualquier otro deporte. Allí debe generarse un lugar para todas las capas de la sociedad; el lugar donde encontrar un equilibrio con el resto de la vida entre la masa construida de la gran ciudad. Un equilibrio contra el eterno hastío de la vida laboral cotidiana...”<sup>3</sup>

La dimensión gigantesca del parque, en aquellos momentos, hoy ha quedado integrada en la ciudad compacta.



Fig. 10. Perspectiva del proyecto de la *Senate Park Commission* de 1902 para el Mall de Washington.  
Fig. 11. Plano general del *Stadtpark* de Hamburgo, Fritz Schumacher, 1911.

<sup>3</sup> Noticia sobre Lesser, L., "Die Volksparks der Zukunft", *Der Städtebau*, ix, 1912, p. 60 –trad. de N. Morro– (citado en De Michelis, 1990: 405).



Fig. 12. Cartel anunciador de la exposición del proyecto del *Amsterdamse Bos*, al inaugurarse la primera sección del parque (1937).

Fig. 13. Detalle del Plan de Ámsterdam de 1935. La gran superficie homogénea del parque destaca al SO del centro histórico.

En ciertos casos, las ciudades que surgieron en contextos territoriales singulares han ofrecido la posibilidad de percibir la creación de elementos urbanos como éste del gran parque capital de un modo claro y explícito. Así sucedió en Ámsterdam donde, si bien no se acusaban los inconvenientes de la ciudad industrial con el rigor con el que se experimentaban en otras ciudades, a principios del siglo XX se comenzó a plantear la necesidad de satisfacer el recreo popular al aire libre mediante un sistema de paseos y verde público (Polano, 1990, p. 503).

La particular naturaleza de la construcción de la ciudad en Holanda, que con tanta frecuencia habituó a sus habitantes a construir completamente todo aquello que desearan, ya que nada les venía dado de antemano en aquel medio dominado por el agua, convertía la necesidad de un parque en el problema de cómo crearlo sobre un territorio polderizado, muy extenso aunque muy bajo, mas sin otros atributos. Ante esa falta de referencias, los factores prácticos se hubieron de acusar. De ahí que la presencia del llamado *Nieuwe Meer*, gran extensión de agua entre polders cercana a la ciudad, se apreciara oportuna para, en su entorno, hacer progresar y concretar la iniciativa. El impulso al desarrollo de la extensión Sur, proyectada por Berlage en 1917, la influencia de la ubicación del cercano aeropuerto de Schiphol, y otros detalles, condujeron a que en 1928 el ayuntamiento se decidiera por el área situada al Sur del *Nieuwe Meer* para el nuevo parque (Chadwick, 1966, p. 303).

Para entonces, el desarrollo de la práctica deportiva había experimentado un amplio despliegue en sus tipos y expresiones, por lo que hacerla posible para los ciudadanos en todas sus variedades pasó a complementar el objetivo del recreo popular. Sería, no obstante, el primer informe de la Comisión creada para el planteamiento del Bosque de 1931 el que expresara las condiciones que éste debía cumplir: en ellas, los problemas de técnica constructiva hubieron de ser principales. Y en esos momentos la creación del Departamento del desarrollo urbano y la extensión, apenas dos años antes, vino a incorporar otro complemento decisivo. La comprensión funcionalista de la ciudad que Cornelis van Eesteren, junto con el ingeniero Van Lohuizen, aplicaron a la dirección de esa sección municipal vino a introducir una aproximación ideológica de nuevo cuño a la cuestión, que incidiría en su concreción en el nuevo Plan de la Ciudad que Van Eesteren preparaba y compusiera para 1934 (Andela, 1981, pp. 388-391).

En el nuevo Plan las decisiones correspondían a detallados cálculos y consideraciones acerca de la mejor forma de resolver las partes de la ciudad, con estudios comparativos sobre otras capitales, y referencias diversas. En el capítulo de espacios libres, se distinguían categorías y se manejaban estándares ofrecidos por otros autores, siguiéndose, en concreto, lo que en el Plan se denominaba "Método Wagner"<sup>4</sup> para indicar los pormenorizados estándares difundidos por quien era en aquellos momentos director de obras públicas y urbanismo en Berlín, el arquitecto Martin Wagner.<sup>5</sup> De ahí resultaba que lo conveniente y correcto en una capital era contar con diferentes tipos de espacios libres, y cada tipo debía

<sup>4</sup> *Algemeen Uitbreidingsplan van Amsterdam*, Amsterdam, 1934, v. 2, pp. 114 y ss.

<sup>5</sup> Resultaba de su obra escrita sobre el verde sanitario en las ciudades, publicada como WAGNER, M. (1915), *Städtische Freiflächenpolitik*, Berlín. Martin Wagner se mantuvo en su cargo municipal entre 1926 y 1933.



alcanzar una cantidad determinada de superficie, en proporción al número de ciudadanos previsibles. La prospectiva y la aritmética tomaban autoridad en este campo, hasta el punto de que como uno de los tipos a contemplar eran “los grandes parques para el recreo general” a razón de 11 m<sup>2</sup> por habitante, en Ámsterdam se manifestaba un gran déficit en este capítulo, al no existir ningún espacio de esas características. Si los habitantes previstos por el Plan llegaban a 958.000, un sencillo cálculo cifraba, en consecuencia, en algo más de 1.000 hectáreas la necesidad para grandes parques de recreo. No distante de esa cantidad, se destinó a ese fin una extensión de 895 hectáreas entre el *Nieuwe Meer* y el Poel, dos grandes superficies de agua, que acogerían el *Amsterdamse Bos* como gran pieza de ese tipo.

La necesidad de relación con la naturaleza se satisfacía en muchas otras ciudades simplemente con el desplazamiento de los ciudadanos a las afueras, más o menos lejos, donde con frecuencia se encontraban algunas muestras, más o menos transformadas, fueran o no públicas. Sin embargo, allí en Ámsterdam se producía un auténtico aislamiento de la ciudad, ya que se encontraba rodeada de extensos campos polderizados, con la reiteración infinita de canales de drenaje. Por ello, se presentaba allí con una autenticidad mayor la necesidad “sanitaria” para el ciudadano del recreo y el paseo “en contacto con la naturaleza” como fuente de salud y de equilibrio en una concentración urbana grande. Y contar con eso en aquel contexto, significaba construirlo, crearlo en su integridad, por medio de la sustitución de polders existentes. Iniciados los procesos expropiatorios, el Plan de Van Eesteren incluiría la previsión del gran bosque en esa ubicación anexa al crecimiento alcanzado entonces por la ciudad.

Pero, aún con esas particularidades, el proceso de construcción del *Amsterdamse Bos* iba a resultar decisivo en su configuración. El proyecto, de C. van Eesteren y J. Mulder, y su ejecución, contaron con la participación de profesionales de múltiples disciplinas relacionadas, con el fin de que las actuaciones contribuyeran con la mayor eficacia y coherencia a hacer realidad el gran bosque. Todo se hubo de diseñar del modo más racional: la sustitución del sistema de drenaje, la forma de hacer progresar las plantaciones para conseguir crear un bosque atlántico, la disposición de los espacios para las actividades deportivas, de ocio y de recreo, y la alternancia y consistencia más adecuada de las superficies de prado, bosque y agua, de modo que permitieran ofrecer la variedad y los tamaños adecuados para acoger a los miles de ciudadanos que pudieran hacer uso simultáneamente del parque en los momentos de mayor afluencia. Era tal el reto, y tan riguroso el planteamiento de la cuestión allí, que la dimensión técnica de los problemas resultó predominante a la hora de dar forma a la disposición y a los modales que iba adquiriendo el parque, hasta el punto de llegar a convertir la propia realidad de éste en expresión directa de los recursos artificiales ideados e implementados para ello. La tarea de hacer realidad el parque, paso a paso, decisión a decisión, acabó siendo un proceso de construcción sostenible justificado en su propio fin que, según ha puesto de relieve Berrizbeitia (1999, pp. 188 y ss.), dio lugar a un modo propio de configuración del parque. Quedaban superadas las cuestiones compositivas, calificadas de pasivas ahora (Berrizbeitia, 1999, p. 194), ante la contingencia activa de las exigencias constructivas y científicas manejadas. El es-

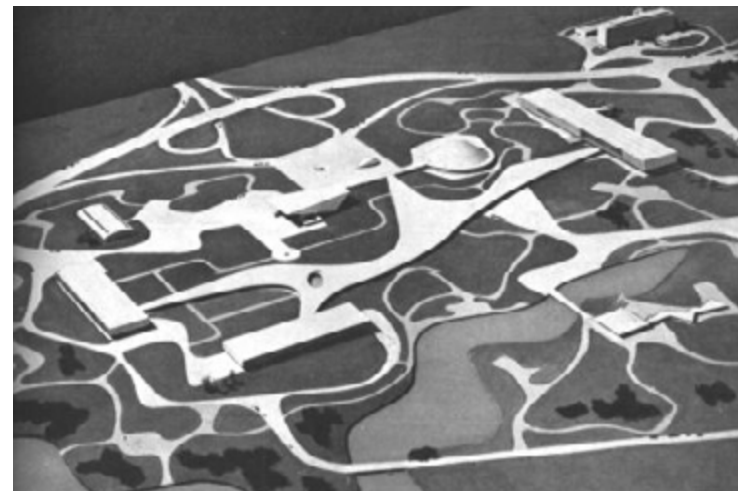


Fig. 14. Vista de la maqueta del proyecto final del equipo de Óscar Niemeyer para el parque de Ibirapuera, 1953 (Lemes de Oliveira, 2008, p. 408).

tilo no se elegía, sino que resultaba del proceso, haciendo del parque el resultado de su propia producción. Así, el paisaje conformado resultaba del cumplimiento del programa, trasladado al lugar con los criterios sociales y científicos aportados por el equipo multidisciplinar interviniente.

El *Amsterdamse Bos* nació así, con la voluntad de ejercer de gran espacio apto para el ocio de masas al aire libre (fig. 12) y la capacidad de acoger todo tipo de actividades deportivas y de relación con la naturaleza con garantías de sosiego, seguridad y capacidad suficiente. Se ofrecía a los ciudadanos allí la oportunidad de contar con un recinto, casi inabarcable en su extensión, de una hermosa composición, conseguida con medios de la naturaleza que la recreaban por fragmentos con fidelidad. Por ello, había de estar bien comunicado, pero no necesariamente integrado en la estructura de la ciudad, ya que su tamaño y su singularidad merecían el desplazamiento hasta su ubicación.

No cabía duda de que se trataba de un activo importante para la ciudad que, ubicado en esa posición abierta al desarrollo, acentuaría más tarde su centralidad en el sistema urbano de la Randstadt, en el que quedaría integrado, haciéndose más evidente su proyección metropolitana.

La iniciativa de creación de grandes parques se extendería también a otras capitales de otros continentes, en donde arraigó en tiempos y formas distintos. En São Paulo, por ejemplo, a medida que crecía la concentración urbana con el avance del siglo xx, se fue asentando la idea de crear un gran parque público sobre unos vastos terrenos en Ibirapuera, poco adecuados, por sus condiciones físicas y de insalubridad, para la implantación de otros usos.

Con la ubicación y el destino decididos, se sucedieron los proyectos, debatiéndose entre uno u otro estilo formal en su diseño, o en su contenido, para tratar

de acomodar con uno u otro acento los usos de recreo, ocio, deporte y cultura dirigidos al conjunto de la población. En medio de esa discusión, con motivo de la necesidad de ubicar las conmemoraciones del cuarto centenario de la ciudad a celebrar en 1954, se adoptó la idea de que fuera Ibirapuera sede de los principales eventos ligados al acontecimiento, con el propio parque como expresión de la metrópoli moderna. Vino a actuar este motivo como detonante para hacer madurar la discusión, que condujo, finalmente, al encargo del proyecto del parque a Óscar Niemeyer, el arquitecto de mayor renombre del país, en 1952.<sup>6</sup>

En esa situación, ya no solo había de ser Ibirapuera un gran parque, sino que tenía que acoger las instalaciones necesarias para las exposiciones y ferias que centralizarían los actos del IV Centenario de la ciudad. El proyecto de Niemeyer se manifestaría marcado por la plasticidad de su propio estilo, lo que rompía las discusiones académicas de las décadas precedentes, pero dominado por la disposición de las sedes de la prevista Exposición Internacional de las Industrias, los Estados y las Naciones, en un marco espacial generoso. Para ello contó entre sus colaboradores con el proyecto paisajístico de Roberto Burle Marx, lo que venía a sumar cualidades específicas al cometido.

El parque se inauguró en 1954 para las conmemoraciones previstas, con los pabellones proyectados por Niemeyer como protagonistas. Pero la habilitación de la gran extensión de parque público para el ocio masivo, con los atractivos derivados de las manos que le habían dado forma, estaba destinada a pervivir como elemento urbano de gran trascendencia, rápidamente asimilado por la ciudad que le rodeaba ya entonces (fig. 14). Los edificios acogerían, después, usos culturales principales e, incluso, se complementarían con otros que añadieron atractivos y rango capital al resultado.

A la hora de crear parques capitales como los aquí considerados, hemos comprobado que se sucedieron diferentes argumentos para justificar tan importante paso en una ciudad o capital. Entre los casos tratados, hemos visto como ciertas veces se optó por estimar los beneficios que el parque aportaba a los ciudadanos, por imitación de lo que ya existía en otras ciudades, según la función moral y educativa que de ellos resultaba. Se atribuía a los efectos espaciales estimuladores de los sentidos, modelables en el parque con los particulares materiales allí manejados (el espacio libre, la vegetación, el agua, la arquitectura como complemento...), una capacidad alta de elevar la conciencia del ciudadano en su vida en comunidad, como una aportación más, y destacada, de la creación urbana.

También, cuando la concentración urbana aparentaba haber alcanzado ya un límite en su tamaño e intensidad, con las consiguientes incomodidad y capacidad denigratoria de la vida urbana, el gran parque se defendió como una inversión productiva con el objetivo de cohesionar, reequilibrar y reforzar la existencia de

<sup>6</sup> Se siguen en estas y sucesivas precisiones el documentado relato sobre el particular de Lemes de Oliveira (2008, pp. 395-409).

la gran ciudad y dejar claro que vivir en ella representaba también gozar de las singulares situaciones que allí se creaban.

La capitalidad misma es la que encontraba expresión, en otras ocasiones, en el gran parque público, como superación del papel de los edificios como enseñanzas simbólicas. El despliegue de la gran dimensión abierta, pública, accesible y asimilable por cada uno de los ciudadanos tomaba el papel de principal emblema de la capitalidad, con los gestos conmemorativos necesarios incorporados en su amplia constitución. La apropiación pública del espacio y la unidad perceptible de la gran dimensión, en tanto que signo de jerarquía y singularidad, fueron las características determinantes, a las que las demás consideraciones quedaron, en estos casos, subordinadas.

Con la diversificación del ocio y la generalización de la práctica deportiva, el espacio libre público en las grandes ciudades incorporó mayores complejidades, lo que redundó también en el parque central. Precisamente, la asociación de esta instalación al rango de parque social llevó aparejada la adscripción de un programa que cumplir de servicios diversos. Y de ello derivaría la necesidad de organizar eficientemente el espacio capaz y de ordenar la accesibilidad de los ciudadanos de toda condición, sea cual fuere la posición metropolitana a la que pertenecieran, por medio del transporte público.

En otros casos, la extensión de las ideas funcionalistas sobre la ciudad y el rango que en ellas tomaba el recrearse, junto al habitar y al trabajar, llevaron a que este recreo y el deporte de las masas ciudadanas al aire libre resultaran motivo por sí mismos para justificar el gran parque central metropolitano. La efectividad del servicio, con la garantía de capacidad asociada, llevaron a la cuantificación de su dimensión proporcionada al número de habitantes, con la aritmética como aliada en una proyección de futuro.

Los acontecimientos singulares que las capitales han de acoger en fechas señaladas, o en su papel en el juego de las naciones, han servido también, en ocasiones, para dejar en la capital una impronta específica que, asociada habitualmente a la generosidad espacial y a la arquitectura icónica, acabó traducéndose en un espacio que aparecía con cualidades casi suntuosas en medio de la continuidad urbana indistinta. Por ello, su destino público posterior resultaba máxima expresión de la creación que le había dado sentido y le atribuía el rango de parque capital como espacio urbano de excelencia.

Sentido moral y educativo, inversión productiva cohesionadora, emblema capital, programa social, función urbana masiva, o acontecimiento singular: estos han sido algunos de los variados motivos que, en el corto repaso efectuado aquí, hemos visto que estimularon la creación de grandes parques centrales metropolitanos de nueva planta que hoy ejercen su función.

Y en la realidad de su existencia, de un impacto tan sólido en la capital y fuera de ella, tomará un destacado papel la forma que el parque adopta, su constitución física y su apariencia, entre otros aspectos. Es esta una cuestión muy relevante, aunque se ve mediatizada por el hecho de que, incluso entre los parques creados

de nueva planta, no siempre se hace presente desde un principio la proyección metropolitana que llegarán a alcanzar. Aunque sí se tomara para ello una gran extensión, su creación en muchas grandes ciudades no se previó con la perspectiva que luego, el paso del tiempo sí fue asignando al gran parque. Quizá fue debido a esta circunstancia, que algunos parques, en su origen, participaran solo de las precauciones y atenciones que afectaban a los demás parques urbanos de su tiempo, como si la diferencia entre unos y otros fuera solo una cuestión de tamaño. El caso de Városliget, en Budapest, fue demostración de este desencuentro entre la forma prevista en su origen para el parque y la que ha venido a adquirir con el paso del tiempo.

También otros de estos parques, conscientes de la singularidad y potencia de su gran extensión, prepararon su configuración con una estrategia basada en una identidad formal del espacio abierta diferenciada, algo que luego el tiempo, los cambios culturales y los que, por su parte, experimentó la ciudad complicaron con nuevas facetas, no menores, e incluso ratificaron con aparente éxito, según los casos.

Durante el siglo xx, la oferta de espacio abierto para el ocio masivo en las grandes ciudades de la sociedad industrial avanzada vino a ser asumida con bastante generalidad. De ahí que se llegara a buscar su reunión en alguna superficie continua de gran extensión. Y que esta fuera objeto de algunas sistematizaciones garantistas, entre las que podemos contar con el “parque-programa social” y el “parque-construcción sostenible” como algunos de sus resultados; en cualquier caso, con la definición progresiva de una entidad propia para estos elementos, sin formas predefinidas, conscientes de que los cometidos principales que les afectan no son los mismos que los de otros tipos de elementos del sistema de espacios libres urbanos.

Este proceso de diferenciación ha situado al parque central metropolitano en condiciones de identificarse como parque capital, lo que puede ayudar a un planteamiento más definido y autónomo de su complejidad, a un mayor acierto en su estrategia urbanística dentro de la metrópolis, y también, claro, a un más logrado acercamiento al servicio de sus oportunidades para los ciudadanos, con la modernidad franca y eficaz como bandera. Ibirapuera, en nuestra breve reseña, fue ya un salto cualitativo en esta línea, al que han seguido y seguirán otros, como muestra de la vigencia del gran parque capital como producto urbano de valor para la metrópolis contemporánea.

### Referencias bibliográficas.

*Algemeen Uitbreidingsplan van Amsterdam*, Amsterdam, 1934.

ANDELA, G. (1981), “The Public Park in the Netherlands”. En: *Journal of Garden History*, I (4), pp. 367-392.

BATLLE, E. (2011), *El Jardín de la metrópoli: del paisaje romántico al espacio libre para una sociedad sostenible*, Barcelona: G. Gili.

BERRIZBEITIA, A. (1999), “The Amsterdam Bos: The Modern Public Park and the Construction of

Collective Experience”. En: CORNER, J. (ed.), *Recovering Landscape*, Nueva York: Princeton Architectural Press, pp. 186-203.

CHADWICK, G.F. (1966), *The Park and the Town: public landscape in the 19th and 20th centuries*, Londres: The Architectural Press.

DE MICHELIS, M. (1990), “La rivoluzione verde. Leberecht Migge e la riforma del giardino nella Germania modernista”. En: MOSSER, M., TEYSSOT, G. (eds.), *L'architettura dei giardini d'Occidente. Dal Rinascimento al Novecento*, Milán: Electa, pp. 405-416.

JONES, K.R. y WILLS, J. (2005), *The Invention of the Park. Recreational Landscapes from the Garden of Eden to Disney's Magic Kingdom*, Cambridge: Polity.

LEMES DE OLIVEIRA, F. (2008), *Modelos urbanísticos modernos e parques urbanos: As relações entre urbanismo e paisagismo em Sao Paulo na primeira metade do século xx*, Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya (TD inédita).

MANIERI-ELIA, M. (1975), “Por una ciudad ‘imperial’. D.H. Burnham y el movimiento City Beautiful”. En: CIUCCI, G. et al., *La ciudad americana. De la Guerra civil al New Deal*, Barcelona: G. Gili.

MURRAY, A. L. (1967), “Frederick Law Olmsted and the Design of Mount Royal Park, Montreal”. En: *Journal of the Society of Architectural Historians*, XXVI (3), pp. 163-171.

NEHRING, D. (1985), “The landscape architect, Christian Heinrich Nebbien, and his design for the Municipal Park in Budapest”. En: *Journal of Garden History*, 5 (3), pp. 261-279.

OLMSTED, F.L. (1973), *Forty years of Landscape Architecture: Central Park*, reed. de Olmsted, F.L. jr. y Kimball, T. de la primera ed. de 1928, Cambridge, Mass.: The MIT Press.

PANZINI, F. (1993), *Per i piaceri del popolo. L'evoluzione del giardino pubblico in Europa dale origini al xx secolo*, Bologna: Zanichelli.

POLANO, S. (1990), “La natura artefatta. Il Bosco di Amsterdam e la cultura urbanística olandese”. En: MOSSER, M., TEYSSOT, G. (eds.), *L'architettura dei giardini d'Occidente. Dal Rinascimento al Novecento*, Milán: Electa, pp. 503-505.

ROPER, L.W. (1973), *Frederick Law Olmsted. A biography*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

TAFURI, M. (1975), “Frederick Law Olmsted (1822-1903) e le origini del ‘planning’ negli Stati Uniti”. En: CARACCILO, A., *Dalla città preindustriale alla città del capitalismo*, Bologna, Il Mulino, pp. 291-306.

WHITE, T.B. (1975), *Fairmount, Philadelphia's Park. A history*, Filadelfia: The Art Alliance Press.

Ángel Martín Ramos, Arquitecto, Catedrático de Urbanística  
Profesor del programa de Doctorado en Urbanismo  
Departament d'Urbanisme i Ordenació del Territori. Universitat Politècnica de Catalunya  
angel.martin@upc.edu